

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

MOREAU, E. DE, S. J. *Histoire de l'Eglise en Belgique*. T. I: *La formation de la Belgique chrétienne des origines au milieu du X^e siècle*. XVIII-388 pp. con 9 láms. fuera de texto.—T. 2: *La formation de l'Eglise médiévale. Du milieu du X^e aux débuts du XII^e siècle*. 502 pp. con 52 láms. fuera de texto.—T. 3: *L'Eglise féodale (1122-1378)*. 745 pp. con 52 láms. fuera de texto.—T. 4: *L'Eglise aux Pays-Bas sous les Ducs de Bourgogne et Charles-Quint (1378-1559)*. 520 pp. con 35 láms. fuera de texto.—Tomo complementario. I: *Circonscriptions ecclésiastiques. Chapitres, Abbayes, Convents, avant 1559*. Un vol. de texto (VIII + 520 pp.), y un facic. de mapas (3 grandes mapas): en colaboración con J. DEHARVENG, y A. DE GELLINK, S. J.—L'édition Universelle, S. A., 2.^a ed. (Bruxelles, 1945-1948).

He aquí una monumental *Historia regional de la Iglesia*, que honra por igual al autor que la compuso, y al país donde se escribe. Pocos pueblos cuentan en su haber una historia semejante. La nuestra de García Villada, por ejemplo, aun con alcanzar un tan alto puesto de vanguardia en las avanzadas de la ciencia, quedó anclada en los primeros siglos de la Reconquista, y por lo mismo no abarca panoramas tan extensos. Es verdad que de Moreau, al contrario de Villada, encontró no poco expedito el camino. Escribir la historia religiosa de los pueblos que un día formaron parte del Imperio carolingio o del Sacro Imperio Germánico, no es lo mismo que escribir la del país donde afincaron los visigodos o plantaron sus tiendas los hijos del profeta. Allí abundan, cuando menos, los esbozos, los estudios preliminares, los trabajos monográficos; aquí, hace treinta años, había que construirlo casi todo, comenzando de la base; el terreno se hallaba casi virgen, y el historiador tenía —y tiene aún— que fabricarse, en parte, los mismos instrumentos de trabajo.

Con todo, la tarea de Moreau no resulta fácil igualarla, no sólo por la amplitud del contenido, sino por el vuelo de la erudición, por la mesura y serenidad del desarrollo, y por el método científico. Ya esto último predispone a su favor, aun cuando en la ejecución del plan se observen deficiencias. Comienza con plantearse la cuestión, si puede hablarse con razón, si existe en realidad una *Historia Eclesiástica de Bélgica*.

Hasta 1559 —se apresura a contestar— el problema no puede plantearse. Para una historia propiamente dicha son base imprescindible la unidad territorial, la unidad de raza o sangre, y la unidad política. Ahora bien, hasta el reajuste y erección de diócesis propugnado por el Rey Católico y ejecutado en 1559, el territorio belga se hallaba sometido a cuatro jurisdicciones episcopales, de las que solamente dos tenían su sede dentro de los confines que delimitan hoy a Bélgica. Es más, estos mismos obispados de-

pendían de metropolitanos extranjeros. Territorialmente, por lo tanto, las iglesias belgas no formaban unidad, como carecían también de independencia política.

En 1559 comienza a perfilarse en Bélgica una cierta unidad eclesiástica, pero no completa todavía, pues una parte de varias de sus provincias actuales no había sido comprendida en las nuevas circunscripciones, y seguía perteneciendo como antes a preladados extranjeros.

La separación de Holanda y el ensayo de gobierno autónomo bajo el mando de los Archiduques reforzaron esa unidad, que poco a poco se fué consolidando hasta adquirir, por fin, carácter definitivo en la época napoleónica.

El Concordato de 1801 marca época en la constitución de la Iglesia belga. Por virtud de él quedaron agrupadas en una sola provincia eclesiástica —Malinas— las diócesis de Lieja, Tournai, Namur, Gante, y la propia Malinas, entre las cuales se repartía todo el territorio belga. La extensión de cada una de estas diócesis se acomodó a los límites de uno o dos *departamentos*, convertidos luego en provincias. Era casi la configuración jerárquica actual, con esta diferencia, que la metrópoli Mechliniense comprendía aún bajo su jurisdicción los obispados alemanes de Aquisgrán, Tréveris, y Maguncia. En cambio, el concordato suprimió la sede episcopal de Brujas, que hasta 1834 no volvió a restablecerse.

Coronó esta labor unificadora el estatuto que le fué reconocido a la Iglesia belga por la Constitución en 1831 a consecuencia de las luchas religiosas del seisenio precedente.

Tenemos, pues, que a partir de 1559 la unificación religioso-administrativa en Bélgica se fué densificando de manera que tres siglos más tarde se puede hablar ya con toda propiedad de Iglesia belga.

Naturalmente, esa unidad religiosa tuvo su preparación, y esa se actuó durante siglos. Así la *Historia de la Iglesia en Bélgica* nos conduce a la *Historia de la Iglesia de Bélgica*.

Es lo que estudia nuestro autor en su primer volumen. Pero antes cuida muy oportunamente de encuadrar geográficamente el tema. Los límites que enmarcarán el escenario, no rebasarán sensiblemente las fronteras actuales de Bélgica. Esto como norma general, bien entendido que para el período anterior a 1559 resulta totalmente imposible confinarse con rigor dentro de esos límites, pues existen territorios que, perteneciendo hoy a otras naciones, formaron junto con los belgas unas mismas circunscripciones eclesiásticas. Esto supuesto, el autor pasa a tratar en los dos primeros capítulos del estado de administración en la Bélgica romana, de sus cultos y ritos funerarios, de la distribución de la población, de las condiciones del terreno, de las vías de comunicación y de sus rutas camineras. Todo ello brevemente, como requisito —nada más que requisito— para el resto del volumen, pero muy a punto para comprender la lentitud y orientación de la predicación en los primeros siglos.

Hasta el siglo IV no se tienen pruebas ciertas de la penetración del evangelio en Bélgica, pero puede con razón suponerse ya en el siglo III, por obra principalmente de soldados y mercaderes, al amparo de las relaciones e intercambio con la región del Rin, evangelizada, según San Ireneo, ya hacia la mitad del siglo II. Es conjeturable quién ha de ser tenido por el primer obispo en Bélgica. Probablemente San Servacio, del que consta con certeza que regía la sede de los Tungros (Tongres) a mediados del siglo IV.

Algo más tardía debió de ser la evangelización por el Oeste, al menos sobre ello no abundan tanto las noticias aprovechables. La más antigua fecha del obispado de Therouanne no pasa del siglo VII, y la del de Tournai solamente alcanza al siglo VI.

Siguen tres capítulos sobre la definitiva evangelización del país, que se prolonga hasta el siglo VIII: el primero de ellos trata de la organización de los obispados, el segundo de la lucha con el paganismo, y el tercero sobre la fundación y multiplicación de los monasterios.

Tras estos viene otro sobre la situación del episcopado belga desde el tratado de Verdún (a. 843) hasta el advenimiento de los Otones (a. 954).

Finalmente, con un capítulo sobre las instituciones eclesiásticas (parroquias, arcedianatos, sínodos, etc.), y otro sobre los más antiguos escritores y las primeras manifestaciones artísticas —muy exiguas por cierto— se cierra este primer volumen, bien provisto de índices: uno bibliográfico, otro de nombres propios, uno más de láminas, y por último el índice general de materias o capítulos de la obra.

La brevedad es nota que resalta en la exposición, observándose que el autor la ha tenido muy presente a lo largo del volumen. No insistiremos mucho en esto. Cierto, que en ocasiones se desearía una exposición más amplia o más a fondo de cuestiones que, aunque no específicas de la Iglesia belga, orientarían al lector e iluminarían más de plano difíciles problemas. Es el caso de las «iglesias propias», acerca de las cuales sólo he visto en el volumen media página al tratar de las parroquias (p. 292). Como si el fenómeno se circunscribiese a solas ellas, y no abarcase en su extensión otra clase de instituciones.

En general, encuentro los temas suficientemente desarrollados; cuanto lo permite la escasez de fuentes, o la intrascendencia de los hechos. No se olvide que estamos en los albores, en el período inicial de la evangelización, que hasta el siglo VIII no puede decirse terminada. De ese remotísimo pasado no quedan muchas veces más que huellas, no siempre muy perceptibles, y la información por fuerza ha de ser escasa. Aparte de que el autor, conscientemente y con muy buen acuerdo, ha preferido no «admettre des vestiges douteux au même titre que des restes vénérables» (p. 339).

En los volúmenes siguientes el historiador entra ya en terreno firme. La materia es más abundante, y la exposición se hace con ello más fluida, más detallada y extensa.

El segundo volumen está consagrado a la *formación de la Iglesia medieval*. Establecida fundamentalmente la estructura de la organización, todo el esfuerzo de la Iglesia se dirige a consolidar el cuadro de sus instituciones eclesiásticas. La importancia de esto es manifiesta, toda vez que la textura de esas instituciones eclesiásticas se mantuvo esencialmente hasta el período napoleónico. Por eso se comprende bien el interés del historiador al tratar primeramente de la posición de los obispos entre los emperadores por una parte, que veían en ellos sus mejores aliados, y los príncipes o señores feudales por otra (cc. 1-2). La munificencia de los soberanos acumuló sobre los prelados riquezas y dignidades en tal forma, que llegó a transformarlos en potentes príncipes, con jurisdicción civil y mando. Gracias en parte a ello pudo alcanzar la Iglesia belga la envidiable prosperidad de que gozó durante todo este período, con la erección y multiplicación de templos, con la creación de escuelas y centros del saber, con la proliferación de obras teológicas, históricas, literarias, y aun artísticas (marfiles, miniaturas, y trabajos de orfe-

brería). A esa unión debe agradecer también la presencia al frente de sus diócesis de obispos tan insignes como el célebre Wasón de Lieja, o de reformadores de la vida monacal como San Gerardo de Brogne y San Popón de Stavelot.

Pero esa compenetración llevaba en sí un peligro: la mediatización. Bien lo puso de manifiesto la lucha por las *investiduras*. El autor trata de esta contienda en el cap. 3, al que sigue uno sobre los cabildos y el lugar de residencia de los obispos y las curias episcopales. Muy relacionada ideológicamente con las *investiduras* se halla la cuestión de la reforma monástica, que el autor expone en las pp. 135-245. Se ha dicho que en estos movimientos lotaringios de reforma hay que ver los antecedentes inmediatos, ya que no el modelo, de la ideología reformatoria propugnada por Gregorio VII. El autor no parece hacerse eco de ello. Tampoco parece admitir una influencia directa de la «escuela lorenesa» en las ideas de Hildebrando (pp. 46-47). El problema interesa a la historia universal, y no parece demasiado exigir que debiera haber tratado de profundizarlo. Era el más llamado a hacerlo.

En lo que resta del volumen expone ampliamente el *movimiento intelectual* (centros de ese movimiento, teólogos, crónicas y biografías, hagiógrafos, copistas, músicos y matemáticos, bibliotecas) y *artístico* de Bélgica en los siglos X y XI (pp. 249-390), tratando en el último capítulo de algunos santos más venerados por ese mismo tiempo, del culto a las reliquias, y de las herejías de la época. Cierran el volumen varias tablas cronológicas de papas, reyes, príncipes y obispos, un índice bibliográfico muy copioso, y tres más de nombres propios, láminas, y materias.

A la época feudal está consagrado el 3.^{er} volumen, que comienza con el *pacto calixtino* y se extiende hasta el *cisma de Occidente*, o sea desde el 1122 hasta el 1378. Período denso, lleno de acontecimientos. La estructura es parecida a la de los volúmenes precedentes: Vicisitudes de las diócesis y actividades de los obispos (pp. 1-310); instituciones eclesiásticas: legados, obispos auxiliares, vicarios generales, decanatos, sínodos, cabildos y parroquias, patronato y diezmos (pp. 311-84); institutos religiosos: monjes, canónigos y beguinas (pp. 385-528); vida cristiana: místicos y santos, etc. (pp. 529-93); herejías (pp. 594-603); actividad intelectual (pp. 605-28) y artística (pp. 629-66); conclusión general (pp. 667-73) e índices (pp. 675-745).

El autor tampoco aquí se ha propuesto ser completo. Ha preferido renunciar a particularismos locales, que son más propios de obras especializadas, o que no le permitirían estudiar con la debida atención las nuevas manifestaciones de la piedad, de las instituciones, del arte o la cultura. De este modo ha podido extenderse más sobre la organización y funcionamiento del gobierno episcopal, de los sínodos, cabildos y parroquias, sobre las órdenes religiosas o las formas nuevas de la vida en común como las beguinas, sobre la piedad del pueblo, y muy particularmente sobre la mística. Quizás es en esto último donde la concisión y relativa brevedad resultan excesivas. Es la época de la gran escuela mística, inaugurada con los éxtasis y elevaciones de la tríada de santas María d'Oignies, Cristina y Lutgarda, seguidas muy de cerca por un numeroso escuadrón de vírgenes, sobre todo circercienses, y un nutrido cortejo de beguinas, que en Bélgica nunca traspasaron la ortodoxia. Desarrollada ampliamente en los dos siglos siguientes, alcanzó su culminación en los múltiples escritos del *Doctor Extático* Rus-

broquio (Ruysbroeck). La amplitud e intensidad de ese movimiento, principalmente femenino, y la influencia que ejerció en siglos posteriores, pedían un estudio más circunstanciado, diría más profundo, de sus orígenes, de sus relaciones con otros movimientos similares contemporáneos, y de sus características. Nota destacada de la piedad flamenca en los siglos XII-XV era el amor a la Eucaristía. En ese ambiente intensamente eucarístico se comprende cómo pudo brotar en la mente de una religiosa belga la idea de una fiesta litúrgica en honor del Santísimo Sacramento. Pues bien; un capítulo especial dedicado a ello no hubiera estado de sobra, toda vez que sólo alusiones esporádicas, esparcidas acá y allá en la obra, nos permiten deducirlo.

El volumen 4 comprende dos siglos escasos, desde los comienzos del cisma occidental en 1378 hasta la creación de los nuevos obispados por Felipe II en 1559. El acontecimiento más acusado del período es el gran *cisma de Occidente*, del que no salió del todo mal parada Bélgica, a pesar de su escisión política en pequeños principados, y de su dependencia en lo religioso de una metrópoli francesa (Reims) y de dos metrópolis alemanas (Tréveris y Colonia). La conclusión a que cree poder llegar el autor es que, siempre que le fué dado manifestarse libremente, el pueblo belga mostró su adhesión al pontífice romano.

En la sección dedicada a *Los duques de Borgoña y la Iglesia* (pp. 41-123), el autor hace un trabajo más inmediato y directo, acudiendo a documentarse en fuentes inéditas: archivos pontificios, nacionales o locales. Es lo que habíamos echado de menos en los volúmenes precedentes. Por eso mismo este volumen nos parece obra más personal y meritosa.

Aunque menos trabajado sobre las fuentes, no carece de interés el capítulo consagrado a Carlos V (pp. 169-98). Más valor sin duda poseería, si la consulta no se hubiese reducido a fuentes publicadas, y más aún si se hubiese hecho llegar a la no pequeña cantidad de documentos referentes a los Países Bajos que se guardan en Simancas. El localismo del historiador en esta parte es imperdonable.

Al origen y desarrollo del humanismo belga durante el siglo XVI y a la fundación (9 dic. 1425) y organización de la Universidad de Lovaina dedica una corta sección, que puede leerse con provecho. Mucho más interesantes resultan las páginas consagradas a la difusión del luteranismo y anabaptismo en Bélgica, y a la represión de esas herejías por el Emperador, los obispos y la Universidad de Lovaina (pp. 199-270).

Lo que resta del volumen se consagra a las *modalidades en la vida religiosa*, consistentes, más que en fundaciones nuevas, en reformas —muchas reformas— de las instituciones ya existentes; a la *espiritualidad* del pueblo; a la llamada *Devoción Moderna*; a la *piedad eucarística* y *mariana*, muy intensas por cierto, heredadas del período precedente; a la *literatura* y a la *historia*, pobres, si se comparan con la producción ascético-teológica y más aún con la esplendidez de las artes figurativas; finalmente a *las artes en servicio de la Iglesia*: arquitectura, escultura y orfebrería, pintura, bordado y tapicería, música. Un medio centenar o poco más de páginas son las dedicadas a esta sección; no muchas ciertamente, si se tiene en cuenta que se trata de la época más gloriosa en la historia artística de los Países Bajos. Para esta parte el autor ha preferido dejar la pluma al joven profesor de la Universidad de Lovaina, M. J. Lavalleye, de quien son también las 35 láminas a toda plana que ilustran el volumen.

Entre todos estos temas merecía un particular relieve el que trata de la *Devoción Moderna*; pero en vez de la amplitud que parece estaba reclamando, el autor se ha contentado con un resumen muy sucinto, tanto más de lamentar, cuanto que, tratándose de una institución tan influyente, los lectores muchas veces no tendrán a mano más información que ésta. Como en otras ocasiones, también aquí la brevedad, que parece haberse tomado como norma, la juzgamos excesiva.

Los dos volúmenes del *Tomo Complementario* son un precioso instrumento, que los investigadores no dejarán de agradecer muy singularmente a sus autores. En el dedicado a texto, después de una *Noticia* preliminar sobre la motivación y método del trabajo, análisis de fuentes, concepto de *parroquia* y de *capilla*, de *iglesias bautismales*, límites de diócesis o decanatos, etc., en un razonado *Índice bibliográfico* se da cuenta de la documentación y bibliografía utilizada, a la que sigue una *Tabla de las circunscripciones eclesísticas* con la indicación para cada decanato de las principales fuentes de información, y un completísimo elenco o *Repertorio*, por orden alfabético, de *parroquias* y *capillas*, en el que «no sólo se contienen los nombres de todas las parroquias, capillas y localidades representadas en los mapas I, II, y III, sino el de todos los actuales municipios belgas que no figuran en ellos, o que carecían de templo en 1559. Esta última categoría de municipios se cataloga, además, en una lista aparte por diócesis y decanatos. El *Repertorio* ofrece, pues, un medio rápido de localizar un nombre cualquiera sobre los mapas; da a conocer la situación canónica de cada uno de los lugares en 1559; contiene la indicación de los elementos que han servido para la confección de los mapas y para la redacción del artículo correspondiente a cada nombre del repertorio; finalmente, ofrece datos sobre los municipios que no figuran en los mapas. Las parroquias hoy día no pertenecientes a Bélgica han sido tratadas con la misma exactitud si bien el artículo del repertorio que las concierne, no lleva un aparato crítico tan minucioso».

A este abundantísimo *Repertorio* sigue otro, en forma parecida, de *cabildos*, *abadias*, *prioratos* y *conventos*.

En cuanto al volumen de los mapas, el esmero en la presentación es proporcional a la diligencia y exactitud de que se hace gala en el correspondiente volumen de texto.

En resumen, salvo casos esporádicos, la obra en su conjunto no ofrece una visión directa a base de consulta personal de las fuentes; es más bien un trabajo de síntesis de monografías y estudios especiales. En puntos determinados, como ya hemos advertido, la encontramos excesivamente sucinta. Pero aun así, para *Historia general de la Iglesia en Bélgica* resulta imprescindible.—C. G., S. J.

MORI, ELIOS G., S. J. *Il motivo della fede da Gaetano a Suarez*.—Apud aedes Universitatis Gregorianae, Piazza della Pilotta, 4, (Romae, 1933) p. XVI-272, cms. 16 × 23.

Esta tesis doctoral, elaborada con gran empeño, examina el motivo de la fe, según los teólogos más destacados del s. XVI, aunque empezando por Capréolo, que tanto influyó en ese punto en los posteriores, y siguiendo con Cayetano y sus coetáneos el Ferrariense y D. Deza, luego en la parte central con la escuela dominicana de Salamanca (F. Vitoria, D. Soto, M. Ca-

no, P. Sotomayor, M. de Corpus Christi, D. Chaves, B. Carranza, J. Gallo, B. Medina, D. Báñez) y por fin con los jesuitas, todos, menos L. Molina, más o menos influidos directa o indirectamente por Salamanca (F. Toledo, J. Maldonado, S. R. Belarmino, G. Valencia, A. Tanner, F. Suárez), pero que, por su dispersión en distintos países, no tuvieron entre sí tanta interdependencia como los dominicos. De cada uno se dan oportunamente algunos datos biográficos y de su autoridad científica, a veces quizá excesivos, y un análisis de su doctrina, notándose, si conviene, sus puntos característicos. Y como las obras impresas de dichos autores no eran muchas hubo de recurrirse a manuscritos de sus discípulos, con desventaja para la investigación por su origen inmediato y por ser acaso explicaciones esquemáticas de los maestros; acertadamente se añaden en apéndice.

La conclusión es confirmar la existencia de una doctrina común dominante en todo el siglo, sin una voz discordante entre dominicos y jesuitas, de que el acto de fe implica conocimiento sobrenatural del motivo, o en la vieja terminología, de que el motivo de la fe es sobrenaturalmente creído, o sea a la vez objeto creído y motivo de creer (*quo et quod creditur*). Claro que anejos a ese problema van otros, que había que indagar, como el de la revelación del motivo y su manifestación; credibilidad natural y sobrenatural; si la sobrenatural se debe sólo al *lumen fidei* o también a los motivos de credibilidad; credibilidad natural con evidencia o sin ella del hecho de la revelación. Y es interesante en todo caso ver el esfuerzo de aquellos ingenios en temas tan crucificantes: cómo se insinúan soluciones, se revisan, se puntualizan, se resumen, se amplían, y en definitiva se avanza, aunque siempre en la línea básica común, y así se prepara el camino a los futuros teólogos para reafirmarse en las posiciones conquistadas o intentar nuevos objetivos.

Destaca ante todo Cayetano, el más citado en el s. XVI en materia de fe; su distinción de una credibilidad natural por los motivos (pero que no parecen dar la evidencia de la revelación) y otra sobrenatural por el *lumen fidei* tuvo gran eco al menos hasta el fin del siglo; admite la posibilidad, que Báñez negará, de unir ciencia y fe, evidencia (de la revelación) y fe sobre un mismo objeto. Destaca luego, Báñez, cuyo tratado de la fe, el primero y único editado por los dominicos de Salamanca en el s. XVI, resume todos los elementos principales de la escuela salmantina, como fruto que es, no sólo de estudio y enseñanza, sino también de los manuscritos archivados de los predecesores. Y por fin Suárez, autor de la única obra plenamente trabajada y específica sobre la fe, la que más ha contribuido a difundir la doctrina salmantina del *motivo creído*. En esa doctrina los jesuitas subrayaron la revelación del motivo para poder ser creído, con perjuicio de la iluminación interior, que tanto afirmó Cano y otros; más de uno enseñó también la unión del *lumen fidei* y de los motivos para el juicio de credibilidad sobrenatural.

Nota el autor que los teólogos examinados no siempre son claros ni constantes en su exposición en problemas que aún están en formación y carecen de su terminología definitiva. Quizá eso es lo que se rezuma en la exposición algo trabajosa de esta tesis, en que a veces parece faltar cierto orden o claridad de ideas. Por lo demás a propósito de Molina se dice que el acto *natural*, pero no saludable, de fe, que él admite como posible, «sostanzialmente (quoad substantiam) è identico a quello soprannaturale». Y se expone su concepción del acto sobrenatural para concluir: «Come si vede, anche solamente da questi pochi testi, la soprannaturalità che Molina propone è

più modale che specifica» (p. 151s). Pero indagando más hubiera visto el autor que para Molina en ese contexto el «quoad substantiam» no es «entitative», sino algo como «quoad obiectum», pues para él «a gratia... habet ut sit actus supernaturalis specie distinctus ab actu pure naturali credendi» (*Concordia*, París, 1876, d. 37, p. 210), «habitus... fidei... determinat nostrum intellectum ad eliciendum actum superioris naturae et speciei ab eo, quem nostris solis viribus eliceremus» (d. 38, p. 219), aunque sin ser necesario que el natural y el sobrenatural difieran siempre por razón del objeto formal (d. 38). Es lástima que, sin examen de los textos, haya aceptado la rutina e infundada acusación, desde Lemos hasta hoy, contra Molina y otros, de que enseñan un sobrenatural puramente *modal* o *pegadizo* (R. GARRIGOU-LAGRANGE, O. P., *La grâce de la foi et la miracle*: RevTom 23 (1918) 292. 296s.).—J. SAGÜES, S. I.

MUÑOZ, VICENTE, O DE M., *Zumel y el Molinismo*.—Publicaciones de la revista «Estudios» (Madrid, 1953) p. XVI, 204, cms. 17 × 24, pts. 50.

El título de la obra parece indicar más de lo que ella es. Contiene un estudio en defensa de la tesis bañeciana sobre la gracia eficaz y una mucho más breve censura de la *Concordia* de Luis de Molina, S. I., hasta ahora inéditos, de Francisco Zumel, que fué General de los Mercedarios. Es un informe que la Inquisición Española, entre otros documentos y unido a los de los Dominicos, mandó a Roma en 1598. De él existen dos manuscritos y se reproduce uno de ellos, hecho caso omiso del otro, sin razonarse el porqué del tal proceder; parece que, al menos si ninguno de ellos es con certeza el original o copia exacta del otro y mejor aún en cualquiera de estas u otras hipótesis, ambos con sus variantes se debieran haber tenido en cuenta en una edición crítica, aunque el editor juzgue ser menudas sus diferencias. El editor cree no urge fijar la autenticidad del manuscrito, que tiene por indiscutible, y lo reproduce con una grafía que no dice si es suya o del manuscrito, y no sin sus erratas.

Zumel parece fué algo así como el primer actor, después de los protagonistas, en el duelo Báñez-Molina. En sustancia sigue a Báñez y al final de su defensa se ve la aprobación sin reservas que éste le tributa. Pero no es incondicional suyo. No admite premoción al pecado. No quiere llamar *física* a la premoción, sino eficiente *ad modum causae physicae*. En esta defensa no se ve claro, si para todo acto saludable requiere la infalible o para algunos actos más fáciles y para desear y procurar aquella basta la suficiente falible (por lo demás el P. Pérez Muñiz, O. P., *Suma teológica*, t. 6, p. 778, cita a Zumel entre los defensores de esa opinión). Parece admitir la disposición negativa a la gracia, que los tomistas suelen rechazar.

Es antimolinista feroz y no se detiene en eufemismos, bien en contraste con la moderación que Molina le concede. Piensa que «exterminandus est ab Ecclesia Christi liber iste de Concordia seu potius de Discordia gratiae et liberi arbitrii. Primo quia vehementer favet Pelagio et quibusdam aliis haereticis et quia nove suscitatur Pelagii errores iam sepultos...» (p. 170), lo cual no obsta para que en su comentario a la *Summa* de Sto. Tomás beba a menudo en aquella fuente. Pero no se ve de dónde saca que el molinismo no admite predefiniciones para todo acto saludable; que según tal sistema, el influjo de la gracia en la voluntad es sólo moral (aunque se niegue ser *previo físico*) y la voluntad es la que hace a la gracia ser eficaz.

Es muy de agradecer al P. M. esta edición, ya que de tanto interés son tales publicaciones para fijar exactamente el cauce de las controversias de *auxiliis*.—J. SAGÜÉS, S. I.

KREBS, ENGELBERT, *El más allá. (La vida futura, la contemplación de Dios y la reunión feliz con los seres queridos)*. Traducción de C. Ruiz-Garrido.—Editorial Herder (Barcelona, 1953) p. 175, cms. 11 × 18.

Krebs, profesor de teología, escribió para consuelo de un deudo suyo, enfermo, que lloraba la muerte de un pequeño y esperaba la propia, este libro, basado en las enseñanzas y en la liturgia de la Iglesia, impregnado de hondo sentimiento y realizado a veces por brillante estilo literario.

Empieza por recordar la existencia del alma como fuente de realidades y de aspiraciones de perfección, pero frenada en su empeño, sobre todo por la muerte. Frente a los adversarios proclama la vida eterna en la visión de Dios. Luego discurre acertadamente sobre la vida y atributos de ese Dios en su unidad y trinidad; claro en la exposición, pero con cierta sequedad de estilo, que al hablar del amor de Dios recobra su tan propia sabrosidad. Describe la bienaventuranza en la visión, amor y gozo esenciales. Insiste en la mezcla de descanso y actividad, gracias al *lumen gloriae* que permite la visión eterna y proporcional a los méritos. Acentúa el gozo en la íntima comunión de los santos, aunque quizá sin recalcar lo bastante el fundamento de ese gozo: Dios en los demás. En estas exposiciones el corazón y el sentimiento han olvidado un poco al profesor.

Proclama la resurrección, para el premio, del mismo cuerpo que murió, entendiendo esa identidad en la opinión tomista, que da como explicación posible e incierta del dogma; con maravillosa agilidad expone las dotes y vida del cuerpo glorioso, y vuelve a extasiarse ante el gozo de verse para siempre con los suyos. De nuevo se sumerge en cantar la dicha inmensa en todo bien y con ausencia de todo mal. Describe detalladamente como la gran pasión de la Iglesia el ansia del cielo, que debe ser el motivo rector de nuestra vida. Como nada impuro entra en él, habla del purgatorio y su finalidad. Y luego del infierno y del pecado mortal que lleva a él. Pregonan los dos tesoros que para negociar el cielo nos ha dado Dios: el tiempo y el sufrimiento. Y por fin ensalza la Eucaristía como medio para crecer en la vida de gracia que es incoación de la eterna.

Libro bien pensado, bien sentido y bien alimentado en la Escritura y en la sana ascética cristiana. Mejor sería limar ciertas frases hiperbólicas, que quizá en el original vayan matizadas, como decir sin distinguos que en la poligamia «la relación matrimonial se haría inmoral» (p. 37.81) o que «la Iglesia nada sabe acerca de la duración de las penas del purgatorio...» (p. 136). Acaso sea excesivo dar el Catecismo Romano como el «oficial» de la Iglesia (p. 98.165), aunque sea tan recomendable. Nada se dice del gozo de los beatos en la creación material.

La lectura de este libro, que pretende ser como intermedio entre el científico y el popular, será de gran utilidad para el cristiano culto, cuya fe ganará en fortaleza y exactitud. El haber logrado ya en 1940 su edición 14, prueba la favorable acogida que ha tenido.—B. VELASCO, S. I.

DANDER, F., S. I.: *Summarium Theologiae Dogmaticae: De Sacramentis*, t. 2: *Paenitentia et Unctio, Ordo, Matrimonium, Sacramentalia*.—Typis et sumptibus Feliciani Rauch (Oeniponte, 1954) p. 88, cms. 16 × 24, S 22,80.

Un nuevo tomo del *Summarium* en que el autor ofrece a los alumnos del curso seminarístico, dejando las cuestiones más sutiles, la sustancia de la teología, que fácilmente se pueda retener, después de oír al profesor, y luego ya en la vida apostólica repasar y explotar. En él se intenta compendiar con acierto y claridad casi toda la materia relativa a los sacramentos aludidos, e incluso se añade muy loablemente un sumario de principios de santidad sacerdotal. Para cada sacramento se da algo de bibliografía y rara vez se recomienda algún libro especial.

Pero el afán de brevedad tiene sus peligros, como el de citar documentos de la Iglesia, Escritura y Padres, sin copiar textos; el de apretujar a veces algo las cuestiones; el de no tocar alguna conveniente, v. gr. los modos de entender la reviviscencia de los méritos; el de dar por adquirida alguna aún quizá disputable, v. gr. si no se requieren ad valorem en la E. U. las cinco uncciones, o la reviviscencia de los sacramentos; el de no puntualizar alguna vez lo debido las calificaciones, v. gr. si está definido que la E. U. perdona los pecados mortales y los veniales. En la cuestión de la contricción perfecta se engloba la de su intensidad y duración. En la necesidad del sacramento de la penitencia no se alude al voto, aunque si más tarde se supone.

Creemos que estos tomitos estarán teniendo buen éxito, y con razón, como sin duda lo tendrá el presente.—J. SAGÜÉS, S. I.

ESCRIBANO, EUGENIO, C. M., *Diálogos sobre la Vida Eterna*.—Ediciones FAX (Madrid, 1954) p. 428, cms. 11 × 15, ptas. 37.

Conquistan de lleno con su hondo encanto estos deliciosos diálogos entre un alma beata y otra viandante, la misma del autor, sencilla y buena, que temblorosa ante la idea de su no lejana muerte se asoma esperanzada al cielo y con sus ojos alumbrados de sacerdotal piedad e hirvientes de sensibilidad artística capta sus exquisiteces y las paladea con amoroso afán. Gloria esencial de visión y amor y gozo en Dios; nombres de la eterna bienaventuranza: consolación, descanso, paz, paraíso, gloria, vida, heredad, reino; la resurrección con el triunfo total del justo aun en su carne espiritualizada por la gloria del alma. Ni hay curiosidad del espíritu sobre su cielo, a que no se intente satisfacer en esta teología viva y caliente, rica en sentencias escriturísticas y servida de la filosofía, psicología y el arte literario, en un estilo rico y variado y de vuelo encendido, aunque sobre un fondo de paz sedante. Este libro espoleará a muchas almas fervientes, consolará a otras angustiadas, despertará a otras dormidas en su vida rutinaria y acaso será un fognazo salvador para otras materializadas.

Por lo demás, es casi inevitable que un libro tan del corazón y de un orador y poeta no falten fórmulas que habrías que puntualizar teológicamente. Así se llama *sustancial* a la unión del alma beata con Dios; a veces parece suponerse que el *lumen gloriae* es luz increada; se dice que aun Cristo pagó la pena de muerte del primer pecado. Filosóficamente no parece bien decir sin más que «vida y materia son términos antagónicos».

No faltan expresiones hiperbólicas que, como suenan, parecerían desfigurar la idea exacta, y otras que se creería dan por ciertas opiniones disputables (se afirma que cada ángel es especie distinta de los otros; que el mundo material no se concibe sin seres inteligentes) o concepciones acaso plausibles, pero sin base definitiva. En el estilo ingenuo y no falto de admiraciones e interrogaciones a lo clásico hay ciertas frases y descripciones que creemos no son del gusto actual en un libro religioso.—J. SAGÜÉS, S. I.

BUJANDA, JESÚS, S. I., *Angeles, demonios, magos... y teología católica*.—Edit. Razón y Fe, S. A. Exclusiva de venta en Edic. FAX (Madrid, 1955) p. 385, cms. 16 × 11.

Es un buen libro de vulgarización de doctrina católica, como los demás del mismo autor. Muy bien trazada para el vulgo la doctrina sobre los ángeles y, a propósito de ello, sobre los milagros. Si bien, para un libro de vulgarización, hubiera sido quizá mejor suprimir la nota de la p. 70, en que cierta revista católica da una explicación de la parada del sol por Josué de color racionalista. Plácenos que el autor defienda sólidamente que los endemoniados de que tratan los Evangelios eran de verdad endemoniados. En general se muestra el autor muy equilibrado en sus juicios sobre demonios y toda clase de magia, como bien se ve en la misma conclusión final, en que recapitula todo lo dicho. La exposición está trazada con mucha amenidad, trezada de numerosos ejemplos de todas clases, antiguos y modernos. Es un libro que una vez comenzado a leer no se deja hasta el fin. Lo recomendamos para quienes deseen buena información en esta materia, y no se arrepentirán de su lectura.—M. Q.

DOSSIN, ANDRÉS, *Las parábolas del Reino* (Cuadernos didácticos Didascalia, 3).—Edit. «Apis» (Rosario [Argentina], 1954) p. 57, cms. 22 × 17.

El autor es un ingeniero católico muy interesado por todos los estudios, en particular los de Sda. Escritura. Sus publicaciones lo demuestran: *Atlas bíblico ilustrado* (agotado), *Cronología bíblica*, *Para iniciarse en la historia sagrada*, *Itinerario de la Vida de N. S.*, *El sermón de la Montaña*.

Este folleto sobre las parábolas presenta en un cuadro esquemático las dos partes de la parábola: el tipo o cuadro y el antitipo o aplicación. El autor se inspira fundamentalmente en la obra del P. Buzy.

La obra está dividida en dos partes: *el reino de Dios*, donde habla de la fundación del reino, su expansión, valor, súbditos y consumación. En la segunda parte trata de *los deberes de los súbditos*. Al cuadro evangélico precede una síntesis didáctica y personal del autor. El libro corresponde a su colección «Cuadernos didácticos», n. 3.—J. L.

DE VRIES, JOSEPH, S. J., *Crítica*. Editio altera penitus recognita.—Edit. Herder (Friburgi-Barcinone, 1954) p. XI-210, cms. 24 × 16.

En 1937 publicaba Herder en Friburgo la primera edición de la *Crítica* del P. De Vries, reproducción de una edición privada para uso de sus alumnos en ciclostil. Agotada aquella primera edición, el autor ha procedido a esta segunda, que ya no es una mera reproducción de la primera, pues, como nos hace notar en la «Praefatio ad alteram editionem», ha te-

nido en cuenta las observaciones, que le han sido sugeridas para introducir algunos cambios de importancia; entre esos capítulos renovados notamos con el autor la prueba del valor del conocimiento del mundo externo, aunque todavía reconocemos que no se hace plena claridad en esta ardua cuestión; se rehace también el capítulo referente a la inducción, a los conceptos y principios universales y a la posibilidad de la metafísica. El autor ha añadido además un último capítulo sobre la metafísica del conocimiento, en que trata de la teoría del dinamismo intelectual del P. Maréchal, S. J. Por último ha cambiado el orden de algunas cuestiones y el título de algunos capítulos. Con todas estas novedades y la edición de abundante bibliografía que hace preceder a todos los artículos, creemos que ha ganado en claridad y por tanto en pedagogía esta obra notable, aunque difícil de digerir, del benemérito profesor de Pulladi.—L. SALCEDO, S. I.

FRANCO FERNÁNDEZ, RICARDO, S. J., *El final del Reino de Cristo en Tertuliano*. Discurso de apertura de curso.—(Granada, 1955) p. 52.

El autor nos ofrece en este opúsculo el discurso pronunciado en el acto de apertura del curso académico 1955-56 en la facultad teológica de la Compañía de Jesús en Granada.

Un discurso que desarrolla un tema de selección escogido en el campo de las investigaciones realizadas por el autor (el catálogo de abreviaturas y la bibliografía son ya un índice por su amplitud y calidad).

El final del Reino de Cristo en Tertuliano significa un complejo de ideas capitales en la teología tanto trinitaria y cristológica como en la cosmológica y escatológica de notable significación histórica, por ser Tertuliano «el primer representante de una de las tendencias exegéticas y en concreto de la que tuvo las peores consecuencias».

No era fácil el esclarecimiento de este punto, dado el carácter polémico y de urgencia que tienen los escritos del gran apologeta africano, esparcidos por otra parte en un período de tiempo tan considerable. El autor tiene presente la dificultad y la nota expresamente, y a nuestro juicio la supera con el tino crítico y la distinción académica de las producciones más acreditadas. Nuestro deseo sería que viniese pronto el fruto maduro del que estas páginas parecen ser una muestra o anticipo.—D. I.

HORTELANO, ANTONIO, C. SS. R., *La Virgen y el mundo moderno*.—Edit.

El Perpetuo Socorro, Manuel Silvela, 14 (Madrid, 1954) p. 288, cms. 15 x 10,5.

La grandeza de la Virgen María se muestra en que su presencia es siempre actual. *La Virgen y el mundo moderno* intenta encaminar con un estilo hasta modernista a lo que es antiguo y siempre nuevo: María. Las bases del libro son: objetividad teológica, visión concreta y adaptación moderna. Los procedimientos son los del sentido artístico, penetración psicológica y estilo periodístico de agradable reportaje.

El que se encuentren toques nuevos en el delineamiento de la vida de María, muestra que se ha meditado nuevamente. Los misterios de Nuestra Señora aparecen a la luz del arte, que casi siempre es una manera íntima y vívida de acertar en las interpretaciones de la Virgen, que es belleza por excelencia. La adaptación al mundo moderno se hace en capítulos que son

verdaderos ensayos acerca de los niños, jóvenes, enfermos, etc., y sus problemas y solución en María.

Libro de concepto transparente y visión pintoresca. Ameno y fácil en su mejor sentido. Sólo hay que notar que en algún capítulo campea casi meramente el reportaje de un cuadro o un templo. Sin embargo, la forma nunca absorbe el fondo; sólo lo aclara y le da nueva luz. Un libro nuevo sobre la Virgen y de divulgación.

Las viñetas de Maredret, de líneas diáfanas y sentidas, son expresión del texto.

ARNÁIZ ALVAREZ, EUSEBIO, C. SS. R., *Virginia, la princesa mártir*.—Edit. El Perpetuo Socorro (Madrid, 1954) p. 192, cms. 14 × 20.

La novela misional en que una cristiana es mártir de su fe y de su castidad se hace aquí historia. Se nos presenta en las misiones al vivo en Timor con sus costumbres e historia. Una historia que ostenta como perla escondida el episodio de Virginia, la princesa. Por obra y gracia del libro —carabela de papel— descubrimos una tierra exótica y primitiva. En los primeros capítulos se hace una retrospectiva histórica acerca de los misioneros que han evangelizado aquellas tierras.

Después se traza la vida de Virginia, figura central, en este marco histórico. El autor dice en el prólogo: «Me he limitado a escribir su vida y martirio sin idealizar... Quizás otros logren poetizarla. Por mi parte he preferido el rigor histórico.» La obra no tiene alardes estilísticos, pero la sola verdad es dramática en sí. La vida de la princesa, primero en el colegio de Hermanas Canosianas y después en el palacio de su esposo, es de gran verdad psicológica. Cual otra Isabel de Portugal, ante la infidelidad de su esposo redobra su amor paciente y logra encamilarle al bien. La fidelidad a su esposo Cristo y a su esposo de la tierra le llevan a la muerte. Los últimos capítulos narran la epopeya heroica de los misioneros y fieles ante la dominación nipona, que por lo menos en su simple soldadesca pasaba como granizada de vandalismo. El mérito de la biografía estriba en la claridad de exposición y lo sincero de la documentación. No es novela ni historia novelada —y tal vez esto gustaría más hoy día—, sino simple historia. Hay cierta falta de novedad en la expresión y es algo lento el desarrollo. Un mayor colorido no hubiera estorbado al riguroso transmisor de la vida y martirio de la princesa mártir.—B. M., S. J.

SCHURHAMMER S. I. GEORG, *Franz Xaver. Sein Leben und seine Zeit*. I Band: *Europa 1506-1541*.—Verlag Herder (Freiburg im Breisgau, 1955) 8.º p. XXXI-743, cms. 24 × 17.

El P. Schurhammer tiene el grandioso proyecto de levantar a S. Francisco Javier un monumento como tal vez ningún otro santo moderno lo ha tenido. Su obra ha de tener cuatro partes: una extensa biografía, una edición alemana de su epistolario y de sus escritos, una historia crítica de sus milagros y otra del culto que se le ha tributado en los diversos países a través de cuatro siglos. Nada de lo que pueda interesar, desde el punto de vista histórico, religioso o artístico, para iluminar la figura del gran santo navarro, queda excluido de este plan colosal.

En más de treinta años de trabajo férreo, más que tenaz, el A. ha ido llevando de frente la preparación de esta obra en toda su amplitud. Solamente quien ha convivido con él largos años puede hacerse cargo del esfuerzo puesto en esta empresa. La multitud de trabajos que ha ido publicando a través de los años, no son más que preparativos para la obra total.

El mismo A. nos dice en su prólogo a este primer tomo de la Vida, que la bibliografía javeriana comprende unos tres mil números, de los cuales sólo un reducido número tienen verdadero valor científico. Podemos estar seguros de que el A. los conoce todos, no sólo los que tocan directamente al Santo, sino aun aquellos que con él tienen alguna relación.

Con esta formidable preparación, el A. ha llegado a la fase final, a la realización de su plan, empezando por la vida del Apóstol de las Indias y del Japón. Esta es la obra más esperada por todos, historiadores y devotos, no sólo por el interés que en sí misma suscita, sino por ser la que más nos dice del Santo. De las cartas y escritos, poseemos ya la magnífica edición que el mismo P. Schurhammer, en colaboración con el P. J. Wicki, publicó en *Monumenta Historica S. I.* Al lado de la Vida y del epistolario, la historia de los milagros y del culto tienen un valor de segundo orden.

La vida de S. Francisco Javier presenta dificultades que no tiene la de San Ignacio. Ante todo, porque son más escasas las fuentes. Compárese lo que los Monumenta nos ofrecen de uno y otro Santo, y se verá la diferencia. De S. Javier hablaron menos los contemporáneos. Además, aunque tuvo biógrafos como Teixeira (1580), Tursellini (1594), Lucena (1600), Bartoli (1653), por citar sólo los más antiguos, Javier no poseyó uno tan inmediato a los hechos como lo fué Ribadeneyra para S. Ignacio, ni los Bolandistas han llegado a publicar sobre su vida un tan rico arsenal de datos, como son los que, para S. Ignacio, contiene el eruditísimo *Commentarius praeivius*, del tomo VII de julio. El A. ha tenido que abrirse paso a través de un camino mucho más inculco, aunque le precedieron, entre otros, dos investigadores de la talla de los PP. Cros y Brou.

Este primer tomo de más de 700 páginas de letra pequeña —demasiado pequeña acaso— y de abundantísimas notas, abarca solamente los primeros treinta y cinco años de la vida de San Francisco Javier: su juventud, sus estudios en París, su actividad en Italia y Portugal, hasta el momento de partir para la India.

Dentro de este tomo, el primer período, el de la juventud de Javier, es del mayor interés porque coincide con los últimos años turbulentos de la independencia de Navarra, en los que la familia del Santo tuvo una parte tan preponderante. El A. se ha identificado plenamente con el ambiente del país y de la época, hasta llegar a conocer como pocos la geografía y la historia de Navarra en aquel período.

París llena once años de la vida del Santo Navarro. Son los tiempos de Calvino y de Lutero, de Erasmo y del humanismo, en los que se va abriendo una nueva edad para la historia. El A. nos presenta un cuadro acabado de este período. Durante estos años, la vida de Javier se desarrolla dentro del marco de la Universidad de París. Con este motivo el A. nos da una descripción acabadísima del estado y del funcionamiento de aquella célebre Universidad. En París, Javier se encuentra con San Ignacio. Los intentos de éste para conquistar al joven maestro navarro hasta conseguir «su más difícil

batalla», y los trabajos para reunir compañeros hasta hacer con ellos el voto de Montmartre, quedan maravillosamente expuestos.

En Italia Javier es ordenado sacerdote y da comienzo a su actividad apostólica, mientras aguarda la ocasión propicia para realizar la proyectada peregrinación a Jerusalén. Frustrado este plan, Javier toma parte con los otros «compañeros» en las deliberaciones romanas que dan lugar a la fundación de la Compañía de Jesús. Su destino providencial a la India, su viaje a Portugal y su permanencia en Lisboa, completan el cuadro de esta tercera parte del volumen.

Desde París hasta Roma, las vidas de San Ignacio y de San Francisco Javier se entrelazan inseparablemente. Por eso el A. acertadamente las une en una narración común. Para todo este período que va desde los estudios en París hasta la fundación canónica de la Compañía tenemos en este volumen una completísima vida ignaciana, y aun una historia completa de los orígenes de la nueva orden, que llena, por lo menos provisionalmente, la falta que todos sentimos de la vida definitiva de San Ignacio. Tal vez en ninguna otra obra se encuentren reunidos tantos datos sobre este período en su conjunto. Esto vale respecto a puntos de tanta importancia, como son la reunión de los primeros compañeros en París, el voto de Montmartre, las órdenes sagradas recibidas en Venecia, los conatos de la peregrinación palestinese, la visión de La Storta, el apostolado en Italia, la instalación de los compañeros en Roma, las deliberaciones sobre la fundación de la Compañía hasta su aprobación.

Mérito principal de la obra es la erudición asombrosa, afinada por un gran espíritu crítico. No hay afirmación, ni hecho, ni siquiera nombre de lugar o de persona, que no reciba su comprobante al pie de la página. Las citas nos suministran un riquísimo arsenal de datos archivísticos y bibliográficos. Las notas bibliográficas recogen de una manera sumamente precisa y completa los datos sobre cuantos intervinieron no sólo en la vida de Javier, sino también en la de San Ignacio. Es esta una de las aportaciones más apreciables del A. a la historia de la Compañía.

En este empeño de erudición, notaremos como una nota característica la predilección del A. por las descripciones de viajes. Léase, por ejemplo, cómo en solas once líneas, nos describe cuidadosamente el camino seguido por Javier desde Navarra a París (p. 71-72). El viaje de Javier y sus compañeros desde París a Venecia, y los otros en Italia, como también el seguido por el Santo desde Roma hasta Lisboa, son un prodigio de exactitud. No podemos dudar sobre las poblaciones recorridas, ni sobre el itinerario seguido, o la distancia de uno a otro punto, porque el mismo A. ha tenido interés en recorrer a pie los caminos de Javier, caminos hoy día en gran parte abandonados.

En medio de tanta erudición, no queda como abrumada la figura de Javier. La narración corre por lo general amena e interesante, sin entretener al lector en el examen de los puntos discutidos. Por lo general las pruebas de cuanto afirma son relegadas a las notas, y lo mismo se hace en los puntos de pura erudición, como es por ejemplo el de la época precisa en que Javier fué conquistado por San Ignacio (p. 176²). Con todo, si algún reparo puede ponerse a la obra es la excesiva dimensión concedida a algunas cuestiones. Así, para citar sólo algún ejemplo, la prolija exposición del Erasmismo (p. 116 y siguientes).—C. DE DALMASES, S. J.

IPARRAGUIRRE, IGNACIO, S. I., *Historia de los Ejercicios de San Ignacio*, t II. *Desde la muerte de San Ignacio hasta la promulgación del Directorio oficial* (1556-1599). (Biblioteca Instituti Historici, S. I., VII). El Mensajero del Corazón de Jesús (Bilbao, 1955) p. 48*-587, cms. 24 × 15,5.

En nuestra revista apareció hace años la recensión del primer tomo de esta magna obra: 21 (1947) 500-502. Creemos sinceramente que este tomo ha superado el anterior. Allí se trataba de la práctica de los Ejercicios en vida de San Ignacio (1522-1556). En éste se sigue la práctica hasta la promulgación del Directorio oficial por el P. Aquaviva. No falta aquí su correspondiente introducción, lista larga de archivos y códices consultados y una abundante bibliografía. El libro aparece dividido en tres partes. En la primera trata del área geográfica de difusión de los Ejercicios y categorías de ejercitantes en este periodo, a lo que se añade la lista y régimen de las casas de Ejercicios en el siglo XVI, tan diferentes de las nuestras de los tiempos modernos. La segunda parte se ciñe a la práctica de los Ejercicios entre los jesuitas, en lo cual forzosamente el autor ha de entrar en el período reseñado en el tomo primero. De la metodología de los Ejercicios, director y directorios, trata en la parte tercera. Finalmente, en la cuarta, en que estudia los frutos de espiritualidad católica, producidos por los Ejercicios, parte sin duda la más discutida, quiere ver la espiritualidad jesuítica brotando como fruto de los Ejercicios. No se puede negar que el autor aporta sus argumentos para fundamentar su tesis.

Pero aquí es donde quizá puede señalarse un lunar en este tomo, porque la espiritualidad jesuítica no brota de los Ejercicios, como *mera consecuencia* de ellos, pues de ser así no se podrían dar a otras religiones (p. e. cartujos, trapenses, carmelitas, etc.); sino que brota de los Ejercicios en relación con las Constituciones de la Compañía de Jesús. Mas este punto no lo toca el autor sino *indirectamente*, relacionando la espiritualidad jesuítica con la teoría del P. Nadal. El mismo considerar la evolución de los Directorios de Ejercicios hasta la aparición del Directorio oficial en evolución con la espiritualidad jesuítica, podría sugerir la idea de que el Directorio oficial sólo sirve para dar Ejercicios a los jesuitas.

Hemos dicho que consideramos éste un lunar de este tomo. Mas no se crea que depreciamos su inestimable valor. El P. I. muestra una lectura de manuscritos y obras verdaderamente asombrosa, que podría a veces completarse, p. e. cuando trata del P. Baltasar Alvarez, a quien pone como un ejercitador asiduo, lo cual no parece convenir con la historia. Pero, en general, nada afirma que no vaya avalado con su cita correspondiente al pie de la página. Conocemos por él hasta con los más mínimos pormenores la manera cómo daban los Ejercicios los jesuitas en este período, y la evolución que hubo en la estima de los mismos. Al final nos da una lista de 236 ejercitantes más señalados del siglo XVI, con su ficha respectiva. Nada digamos del índice analítico de materias, que facilita la consulta del volumen. En la bibliografía no hubiera estado mal una lista de siglas. Consideramos en verdad esta obra como titánica, y esperamos con ansia su remate con la publicación del último tomo.—M. QUERA, S. I.

FERNÁNDEZ DE RETANA, LUIS, C. SS. R., *Doña Juana de Austria*.—Editorial El Perpetuo Socorro (Madrid, 1955) p. 318, cms. 21 × 13,5.

Varias son las esclarecidas figuras femeninas de la casa de Austria en Es-

paña, que aguardan la mano diligente que las saque de un injusto olvido. Entre ellas se encontraba hasta el presente la Princesa doña Juana. Esta Infanta española, descendiente por línea paterna y materna de los Reyes Católicos, ha encontrado ya su biógrafo en el P. Luis F. de Retana, quien nos da una biografía amena, sin ser novelesca, evitando el deplorable escollo de tanta biografía novelada, sin salirse del campo de la historia, en un ágil manejo de datos y documentos. El libro se lee sin cansancio; al contrario, nos sabe a poco, y el lector, amigo de la historia, lamenta que el benemérito escritor redentorista no nos haya dado una obra más extensa al estilo de sus biografías de Cisneros y San Fernando. Cuatro son los aspectos que el autor distingue en doña Juana que aparecen como subtítulos del libro: «Gobernadora de España.—Hermana de Felipe II.—Madre de don Sebastián el Africano, Rey de Portugal.—Fundadora de las *Descalzas Reales* de Madrid». De ellos el segundo es el tratado con mayor detenimiento, debido, quizás, a las fuentes impresas más utilizadas por el autor: *Niñez y juventud de Felipe II* del P. March e *Isabel de Valois* de A. G. Amezua. En el tercer subtítulo queda sin esclarecer el total alejamiento de su hijo, en que vivió doña Juana; y en el primero no se ha estudiado suficientemente la personalidad de la Princesa Gobernadora, es de lamentar que el P. F. de R. no haya utilizado en este punto, sino parcamente, la documentación de Simancas. Se tratan también demasiado de pasada las relaciones de la Princesa con el Emperador, su padre, y con su abuela y homónima doña Juana la loca.

El cap. XI, dedicado casi todo él a San Francisco de Borja, es particularmente desacertado; no, porque las cosas en él narradas carezcan de importancia —aunque algunas sean tan delicadas que con dificultad puedan ser bien tratadas con tanta rapidez— sino, porque el papel que en tales sucesos juega doña Juana es escaso, y esto, cuando lo que sobran son noticias directas tocantes al trato de la Princesa con los jesuitas: En los índices de la gran colección de MHSI son tan numerosísimas las referencias a doña Juana, que se hace laboriosa la selección; pero el P. F. de R., desgraciadamente, no ha consultado *Monumenta*, sino a través de los PP. March y Cereceda. Entre las noticias recogidas en *Monumenta*, hay algunas de singular interés para la biografía de la Princesa: como la carta del P. Bustamante a San Ignacio, en la que se describen las costumbres de doña Juana y de sus damas, en los días de su residencia en Toro, en vísperas de su boda (*Epist. Mixt.*, III, pp. 502 y ss.) o la de que por intervención de los Padres de la Compañía sacó licencia de S. S. para leer la biblia en vulgar (*Mon. Ign.* Ser. 1.^a, VIII, p. 194) y, por último, la de su vinculación a la Compañía por votos religiosos. Privilegio singular tan sólo a ella concedido, de gran valor para la inteligencia de su espiritualidad. Es cierto que esta postrera y singularísima noticia se ha divulgado con posterioridad a la obra del P. Retana, con motivo del centenario ignaciano, pero la documentación a ella pertinente está publicada desde 1908 (*Mon. Ign.* Ser. 1.^a VII, pp. 684-688). El asunto se llevó entonces con el mayor sigilo, se encargaba en la concesión, que «tenga su admisión debaxo de sigillo de secreto y como en confesión; porque, sabiéndose, no fuese exemplo para que otra persona tal diese molestia a la Compañía por tal admisión». Sin embargo el hecho singular no permaneció del todo oculto; tal parece deducirse de una carta de Santa Teresa a Cristóbal Rodríguez de Moya (Avila, junio de 1568), publicada, revalorada por el P. Ceñal y posteriormente por el P. Espert (Razón y Fe, junio, 1945, pp. 163-174 y abril, 1957, pp. 388-397).

Querían las hijas de don Cristóbal, que su padre fundase un Carmelo en Segura de la Sierra, donde ellas profesasen, y que este monasterio estuviese a obediencia de los jesuitas; a esto responde la Santa que «el mismo desco que esas señoras tienen, tuve yo de sujetar esta casa a estos Padres, y lo procuré; sé muy cierto que no admitirán monasterio, aunque sea de la Princesa, que ya tenían muchos en el Reyno, y así no es cosa posible». Tales palabras hacen sospechar que doña Juana, no satisfecha con sus votos secretos, tuvo el deseo —conocido de Santa Teresa— de fundar un monasterio bajo la obediencia de la Compañía.

Sirva este ligero excursus histórico para probar cuántos puntos quedan por estudiar en la vida de la Princesa. En todo caso, hemos de agradecer al P. F. de R. que haya dado un primer paso en el estudio de figura histórica tan relevante, y es de esperar que su biografía sirva de estímulo para que no se demore mucho la obra extensa y documentada que se merece la Princesa de Portugal e Infanta de España.—R. M.^a DE HORNEDO, S. J.

MARTÍNEZ, LUIS M., ARZ., *La intimidad con Jesús*.—Edic. STVDIVM (Madrid, 1955) p. 258, cms. 14 × 20.

Seis son las obras que la colección *Tolle et Lege* ha publicado de Monseñor Martínez, y de varias de ellas hemos dado cuenta en las notas bibliográficas de esta Revista. *Intimidad con Jesús* completa la obra doctrinal de este digno representante del Magisterio de la Iglesia. Trata en él de las virtudes teologales y de un modo particular de la caridad o amor a Dios. En la segunda parte se dirige más especialmente a las almas que se dedican al apostolado o al trato más familiar con Jesucristo en la vida religiosa.

Es menester que las almas se den cuenta de que el fundamento de la vida sobrenatural está en la práctica de las virtudes teologales. Es cierto que en nuestros tiempos es necesarísimo el apostolado, pero si éste no está cimentado en la solidez de la fe, alentado por la esperanza y enardecido por la caridad, será el tal apóstol, como diría San Pablo, una campana que repica. Por el contrario, el alma, llena de las virtudes que directamente la unen a Dios, ejerce una eficacia tal en sus obras, que obtienen la transformación interna de aquellos con quienes trata. Este es el verdadero apostolado.

Monseñor Martínez, tiene la habilidad de hacer asequible a los lectores los más arduos problemas teológicos, y expone con suma claridad las doctrinas sublimes del tratado sobre las virtudes.—FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

VERGARA JOSÉ G., S. J., *La Maternidad Espiritual de María en el Magisterio de Sumos Pontífices*.—Edit. Buena Prensa, Donceles 99-A (México, 1955) p. 21 cms. 13 × 20,5.

La «Buena Prensa» de México está editando una serie de Libros y Folletos sobre la Santísima Virgen. Uno de ellos es este del P. Vergara, en el que recoge las ideas que han emitido los Sumos Pontífices acerca de la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen María. Los Pontífices, cuyas encíclicas se examinan son principalmente los modernos desde Pío IX, aunque se mencionan también algunas veces a Sixto IV, Pío VI, Benedicto XIV, etcétera. Ni es de maravillar, porque la Mariología ha surgido científicamente en nuestros días. Este opusculito es más de divulgación que obra cientí-

fica, y sirve para orientar a los fieles y hacer comprender la solidez de la doctrina de la maternidad espiritual de María.—FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

LOCHT, PIERRE DE, *Ne les retirez pas du monde*.—Edit. Xavier Mappus, 52, Avenue Foch (Le Puy, 1955) p. 96 cms. 18 × 12.

Despertar y avivar la conciencia católica en orden a los deberes sociales en todas sus dimensiones: familiares, cívicas e internacionales. Frente a un mundo que con la facilidad de comunicaciones va resultando pequeño, el católico de hoy no debe limitar sus ideales a trabajar por el bien exclusivo de su patria. Porque, como dice Cardijn con palabras que Locht hace suyas, tan pronto como un grupo de hombres o de pueblos quieren desenvolverse sin tener cuenta con los demás, acaban lógicamente por trabajar contra los demás. El A. es doctor en teología y bien se le echa de ver en la seguridad de la doctrina a la que sabe juntar un modo de exponerla preciso hasta la nitidez. Cada uno de los cinco capítulos está respaldado por abundante texto bíblico. Con ellos afirma y prueba que la meta del cristiano de hoy ha de ser laborar por un mundo mejor sin desconocer por ello las características regionales y nacionales, que no pide menos la catolicidad de la Iglesia, que lo contrario sería contra el espíritu de Cristo, que el mundo de hoy lo exige como nunca y que a ello nos obliga el ser creados a imagen de Dios. Libro de vastas perspectivas, auténticamente cristiano y que habría de traducirse a todas las lenguas.—FRANCISCO SEGURA, S. I.

ALFONSO M.^a DE LIGORIO, SAN, *Instrucción al pueblo, acerca de los mandamientos... y acerca de los sacramentos*. Trad. del original italiano, arreglada y anotada por el P. N. Moriones, C. SS. R.—Edit. El Perpetuo Socorro, Manuel Silvela, 14 (Madrid, 1955) p. 559 cms. 16 × 10,5.

Sólo el nombre del eximio autor, ya recomienda de por sí esta obra destinada al Clero —sacerdote o misionero—, al Catequista, y al pueblo fiel. Es la explicación de los Mandamientos y Sacramentos hecha en forma clara y amena. No sólo la teoría escueta, sino la aplicación práctica de la doctrina tienen cabida en este libro. El P. Moriones ha remozado la obra, es decir, la ha puesto al día, precisando o añadiendo lo que al libro original le faltaba para ser del todo actual. A veces encuentra uno frases que saben a algo arcaizantes o extrañas y que convendría mejorar o suprimir en otra edición posterior. Hoy, vgr. nadie dice (está en el segundo mandamiento) «¡A fe mía!» En otra página leemos: «los que requiebran de amores a mujer casada»... Todo el libro lleva una unción especial que junta a la precisión doctrinal del Santo Doctor y hará mucho bien.—S. S.

JUAN CRISÓSTOMO, SAN, *Obras*. Tomos I y II. *Homilias sobre San Mateo*. Prólogo, texto griego, versión española y notas de Daniel Ruiz Bueno. La Edit. Católica, S. A., B. A. C. (Madrid, 1955) p. XX-864; XII-778.

Siempre es un reencuentro de los más agradables, volver a tener en las manos las obras de San Juan Crisóstomo, a quien si no se le lee más es porque no se le conoce, como se nota muy bien en el Prólogo de esta nueva edición española, seguramente la mejor entre las pocas que poseemos. La

traducción es realmente sabrosa, y muy acorde con la manera de decir que imaginamos en San Juan Crisóstomo. Sencillez y grafismo aun en medio de las ideas más sublimes y más encendidamente oratorias del orador griego. Fidelidad a la letra y al espíritu. Hay a veces sustitución o sinonimia en la traducción, algo discutible en su matiz, pero indudablemente siempre acertadamente logradas por D. Ruiz. Así por ejemplo en la Homilía 37, en el panegírico estupendo que S. J. C. hace del Bautista se dice literalmente «siguió un cierto camino extraño», pero la traducción castellana dice bellamente: «Juan vivía en la tierra como si morara en el cielo; estaba por encima de las necesidades de la naturaleza, *seguía un camino maravilloso*». Es evidente el acierto, y la fidelidad al espíritu del griego. Quizás lo menos acertado son algunas de las ideas o la forma de decir las del Prólogo. Se pudieran haber expresado las mismas ideas pero de manera algo más elegante o con estilo algo más fino. Ni vemos por qué ha de salir en un prólogo a una obra de tal categoría la alusión a ciertos bibliotecarios que hay por esas bibliotecas de Dios, no tan complacientes. Estas y otras espontaneidades ingenuas —detalle mínimo por lo demás— mejor hubiera sido no escribirlas. Pero con todo, ahí está el conjunto maravilloso de esta obra gigante del profesor D. Ruiz Bueno invitando, sobre todo a los Sacerdotes y Predicadores, a que se lea y se conozca al gran orador griego, algunos de cuyos párrafos aprendimos de memoria en nuestra juventud y aún no hemos olvidado. La B. A. C. ha tenido otro de sus ya innumerables aciertos en servicio de la cultura católica. A traductor y editores, felicitamos muy efusivamente.—S. S.

CASTRO MAYER, ANTONIO DE, *Carta Pastoral sobre problemas del apostolado moderno*.—Obra de Cooperación Parroquial, santa, Clara, 4, 2.^a (Madrid, 1955) p. 115, cms. 17 × 12.

El interés que el hombre moderno siente hacia los temas religiosos es explotado por una abundante literatura en que muchas veces se mezcla la buena voluntad en mayor o menor grado con una buena dosis de incompetencia. Otras veces es el hombre enemigo quien siembra una cizaña que sólo se echa de ver cuando ha crecido. El error invade el campo de la verdad y no siempre es fácil discernirlo. Pero es muy necesario. A ello se ha puesto con valor apostólico el Sr. Obispo de Campos (Brasil) en una Carta Pastoral seguida de un «Catecismo de verdades que se oponen a los errores contemporáneos» cuya versión al castellano estimamos un gran acierto. El lector atento reconocerá acá y allá proposiciones que le han venido a los ojos en autores extranjeros y españoles. Aquí las tiene catalogadas por orden sistemático y seguidas de la verdadera y sana doctrina.—FRANCISCO SEGURA, S. I.

ADRO XAVIER, *Temple Ignaciano. Perfil psicológico del P. Pro*. 2.^a ed.—Buena Prensa, Apart. 2181 (México, 1955) p. 188, cms. 19 × 12,5.

Muy conocido es Adro Xavier. Sus obras hablan por sí mismas y las ediciones que de varias de ellas han salido a la luz, son un exponente del atractivo que ejercen sobre el gran público.

La vida del P. Agustín Pro, mártir de la persecución de Calles en México, agradó aun en el propio México, en donde tantos escritos aparecieron y aparecen continuamente sobre el mismo personaje, que tan popular ha re-

sultado. Entre las muchas obras de Adro Xavier creemos que es ésta una de las mejor logradas. El estilo es muy cortado por lo general, y las frases cortantes. Con frecuencia tiene expresiones felices, y el conjunto hace simpática la figura de su personaje. Tiene además la ventaja en su favor, de que casi todo (por no decir todo) es historia, sin que la fantasía novelesca, tan propia de la viva imaginación de Adro Xavier, haya corrido demasiado atropellando la velocidad de su pluma.—FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

ADAMS ELIZABETH, LAURA, *Sinfonía Negra*. Ediciones STVDIVM (Madrid, 1955) p. 166, cm. 14 × 20.

Es conmovedora la lectura de *Sinfonía Negra*. En realidad es una verdadera sinfonía, que va penetrando en el alma del lector, sin que deje en ella negrura de ninguna clase, sino una especie de pena y tristeza ante la incompreensión de tantas almas.

A esta sinfonía se la ha denominado *negra*, porque esta palabra es precisamente la que poco a poco fué revelando a la pequeña Elizabeth lo que el color de su piel influía en el ambiente que la rodeaba.

Elizabeth Laura es una Señorita americana de raza negra. Al presente está ya en los cuarenta, pero a los dieciocho años se convirtió al catolicismo. Relata la historia de su conversión, que es al mismo tiempo una bellísima autobiografía, que pone de manifiesto la sensibilidad de la raza de color, su mentalidad y su reacción ante la incompreensión de los blancos que la rodean.

Tiene páginas de una belleza indescriptible, cautivadoras por la sinceridad y profundo sentimentalismo, que brota de los sufrimientos que experimenta la niña candorosa, cuando al acercarse a un grupito de niñas blancas para jugar, éstas se apartan asustadas o la rechazan con la fatídica palabra ¡una negra! Sería de desear que los discriminadores de razas leyesen y meditasen esta filigrana que una negra nos ha dejado dibujada y comprenderían las hermosuras que se encierran debajo de una tez tan oscura.—FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

BESALDUCH, SIMÓN M.^a, O. CARM., *Púlpito de la Virgen del Carmen*. 2.^a ed.—Edit. Luis Gili (Barcelona, 1955) p. VIII-436, cms. 14 × 21,5.

La devoción a la Virgen del Carmen ha sido muy popular y continua siéndolo. Triduos, Septenarios, Novenas, panegíricos y sermones diversos sobre el Santo Escapulario o sobre la Virgen del Carmen se multiplican sin cesar. Por esto los predicadores se encuentran no pocas veces apurados por no tener a mano una fuente de inspiración, que les permita cierta variedad en sus sermones.

El P. Besalduch tuvo presente esta necesidad cuando se decidió a dar a luz sus cincuenta y cinco discursos en los que va desarrollando temas y proponiendo modos de entonar las alabanzas de María y de instruir a los fieles para que con provecho asistan a las solemnidades carmelitanas.

Se completa esta obra con tres apéndices que contienen algunos sermones de oradores célebres sobre la Virgen del Carmen o el Santo Escapulario. Tales son el B. Claudio de la Colombière, Monseñor Perardi, Monseñor Cascallana, P. Antonio Vieyra, etc.—FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

Libros recibidos¹

* De sus AUTORES:

ELLACURÍA BEASCOECHEA, JESÚS, PBRO., *Reacción española contra las ideas de Miguel de Molinos (Procesos de la Inquisición y refutación de los teólogos)*.—(Bilbao, 1956) 427.

ALFONSO DE CÓRDOBA, MARTÍN, O. S. A., *Un tratado del siglo XV sobre la predestinación en castellano*. Estudios preliminar y edición por ANIBAL SÁNCHEZ FRAILE, PBRO.—Centro de Estudios Salmantinos, IV (Salamanca, 1956) CXXXIII-94.

PANAYOTAKOS, PAN. J., *Συδήμα τοῦ Ἐκκλησιαστικοῦ Δικαίου κατὰ τὴν ἐν Ἑλλάδι ἰσχὺν αὐτοῦ*, t. 4.º *Τὸ Δικαίον τῶν Μοναχῶν*—Τυπγραφεῖον Μυρτιδῆ (Atenas, 1957) 767.

MASSI, PACIFICO, *Magisterio infalible del Papa nella teologia di Giovanni da Torquemada*. Scrinium Theologicum.—Edit. Marietti (Torino, 1957) IV-176.

MARTINS, MÁRIO, S. J., *Peregrinações e Livros de Milagres na nossa Idade Média*, 2.ª ed.—Edições «Broteria» (Lisboa, 1957) 211.

HERNÁNDEZ RUIZ, JUSTO, PBRO., *El libro de las Misiones* (Guía de viadores).—Parroquia de San José (Soria, 1957) 649.

* De la EDIT. CATOLICA, Alfonso XI, 4, Madrid:

CABODEDILLA, JOSÉ MARÍA, *Señora Nuestra. El misterio del hombre a la luz del misterio de María*.—B. A. C. (Madrid, 1957) XII-433.

CASTRILLO AGUADO, TOMÁS, PBRO., *Jesucristo Salvador. La persona, la doctrina y la obra del Redentor*.—B. A. C. (Madrid, 1957) XI-522.

TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Suma Teológica*, T. XIV. *Tratado de la Penitencia*, vers. e introd. de ARMANDO BANDERA, O. P. *Tratado de la Extremaunción*, vers. e introd. de ARTURO ALONSO LOBO, O. P.—B. A. C. (Madrid, 1957) XVI-612.

* De la DIFUSORA DEL LIBRO, Bailén, 19, Madrid:

ENCISO VIANA, JESÚS, OBP., *Por los senderos de la Biblia*, t. I, *Israel*.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 298.

¹ De los libros espontáneamente enviados a la redacción solamente prometemos hacer recensión de aquellos que juzgamos estar comprendidos dentro del fin específico de nuestra revista.

- ENCISO VIANA, EMILIO, Pbro., *Bendita entre todas*.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 395.
- LLANOS, JOSÉ M.^a DE, S. J., *El desfile de los Santos*.—Edit. Sapientia, S. A. (Madrid, 1956) 1365.
- DÍEZ BLANCO, ANTONIO-ALVAREZ, JESÚS H., O. P., *El parto sin temor (Comentarios a un discurso de Su Santidad Pío XII)*.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 116.
- SPIAZZI, RAIMUNDO M., O. P., *El Espíritu Santo en la vida cristiana*. Trad. de Francisco Aparicio, Pbro.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 219.
- ROSSI, GIOVANNI, *Herejías de nuestro tiempo*. Trad. de Antonio Marcos de la Fuente.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 257.
- LORSON, PEDRO, S. J., *La revolución de los corazones. Plan de renovación espiritual en unión con Nuestra Señora*. Trad. de Francisco Aparicio, Pbro.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 165.
- RAYMOND, M., O. C. S. O., *Un trapense pregunta: ¿en qué consiste el mal? (a los bachilleres de los colegios católicos)*. Trad. y adap. de la 2.^a ed. norteamericana por Felipe Ximénez de Sandoval.—Edic. Studium (Madrid, 1956) 91.
- * De la EDIT. EL PERPETUO SOCORRO, Manuel Silvela, 14, Madrid: AMURRIO, PATRICIO G., C. SS. R., *Sangre... gota a gota. Cincuenta horas santas*.—(Madrid, 1956) 432.
- CAMPOS, JOSÉ, C. SS. R., *Luz de Cristo en Oriente. El R. P. Sagredo redentorista, misionero de China (1908-1952)*.—(Madrid, 1956) 351.
- * De la EDIT. HERDER, Av. José Antonio, 591, Barcelona:
- NEUNHEUSER, BURHARD, O. S. B., *Taufe und Firmung (Handbuch der Dogmengeschichte, herausgegeben von Michael Schmaus, Josef Geiselman und Aloys Grillmeier, S. J., Band IV Sakramente, faszikel 2)*.—Verlag Herder (Freiburg, 1956) 110.
- TROCHU, FRANCIS, *Bernardeta Soubirous la vidente de Lourdes*. Vers. española de Magín Valls Martí.—Edit. Herder (Barcelona, 1957) 529, 8 láms.
- OHLMEYER, ALBERT, *Moses im glanze des Erlösers, mit einem Titelbild*.—Verlag Herder (Freiburg, 1957) 219.
- WALTER, EUGEN, *Maria, Mutter der Glaubenden*. Zweite Auflage.—Verlag Herder (Freiburg, 1957) 148.
- * De la EDIT. E. D. H. A. S. A., Avda. Infanta Carlota, 129, Barcelona:
- MERTON, THOMAS, O. C. S. O., *Los hombres no son islas*. Trad. del inglés por Gonzalo Meneses Ocón.—(Barcelona, 1957) 251.
- SHEEN, FULTON J., OBP., *Filosofía de la religión. El impacto del conocimiento moderno sobre la religión*. Trad. de Guillermo Whitelow y Luis Fabricant.—(Barcelona, 1957) XI-460.
- * De la EDIT. EUGENIO SUBIRANA, S. A., Puertaferri, 14, Barcelona:
- ANGRISANI, JOSÉ, OBP., *In matutinis meditabor in te. Meditaciones para sacerdotes sobre las lecciones escriturísticas diarias del breviario*, Vers. revisada y acomod. a las recientes modif. litúrgicas por ELISEO COTS, Pbro., t. II *Pars Verna*.—(Barcelona, 1957) 499.

- * De la EDIT. SEMINARIO DIOCESANO de Vitoria:
SETIÉN, JOSÉ MARÍA, PBRO., *Institutos seculares para el clero diocesano. (Espiritualidad y apostolado, 1)*.— (Vitoria, 1957) XII-144.
- * De la EDIT. DELECHAUX ET NIESTLÉ, S. A., 4 rue de l'Hôpital, Neuchâtel, Suisse:
JACOB, EDMOND, *Théologie de l'Ancient Testament (Manuels et Précis de Théologie)*.— (Neuchâtel, 1955) 287.
- * De la EDIT. COMMENTARIUM PRO RELIGIOSIS, Via Giulia, 131, Roma:
HOUT, DORIUS-MARIA, S. M. M., *Bonorum temporalium apud Religiones administratio ordinaria et extraordinaria*.—(Roma, 1956) XIV-80.
- * De la PONT. UNIVERSITA GREGORIANA, Piazza della Pilotta, 4, Roma:
DOMINGO DE STA. TERESA, O. C. D., *Juan de Valdés 1498(?) - 1541. Su pensamiento religioso y las corrientes espirituales de su tiempo (Analecta Gregoriana, v. 85, ser. Fac. Hist. eccles., sect. B. n. 13)*.—(Roma, 1957) VII-223.
- WRIGHT, JOHN, H., S. J., *The Order of the Universe in the Theology of St. Thomas Aquinas (Analecta Gregoriana, v. 89)*.—(Roma, 1957) VII-223.
- * De EDIZ. DI SPIRITUALITA, Via dei Macci, 17 rosso, Firenze:
CAPRILE, GIOVANNI, *La direzione spirituale*.—(Firenze, 1957) 61.
CAPRILE, GIOVANNI, *Vocazione cristiana*.—(Firenze, 1957) 160.
CAPRILE, GIOVANNI, *Conosci te stesso. L'esame di coscienza, 2.^a ed.*—(Firenze, 1955) 111.
- * De la EDIT. DESCLÉE DE BROUWER, 22, Quai au Bois, Bruges, Belgique:
GALOT, J., S. J., *La Nature du Caractère Sacramental. Etude de Théologie médiévale*.—(Bruges, 1956) 242.
- * De la EDIT. de L'UNIVERSITÉ D'OTTAWA, Ottawa, Canada:
Royauté (La) de l'Immaculée. Journées d'études. Université Laval 21-23 octobre 1955. Société Canadienne d'études mariales.—(Ottawa, 1957) 233.
ARBOUR, GUY, P. S. S., *Le droit canonique particulier au Canada (Dissertationes ad gradum laurae. Ser. canonica nova, 3)*.—Ottawa, 1957) VIII-162.
- * De la VERLAG HERDER, Wollveile, 33, Wien:
STAUDINGER, JOSEF, S. J., *Die Bergpredigt*.—(Wien, 1957) 360.
- * Du BUREAUX DE L'AMI DU CLERGÉ, Langres, Francia:
VAUTHIER, EMILE, *Initiation a l'Action Catholique. Essai de Théologie pastorale*.—(Langres, 1956) 272.
TRÉMEAU, M., O. P., *Pédagogie catéchistique*.—(Langres, 1954) 275.
CATHERINET, F. M., *Initiation a l'exercice de la présence de Dieu*.—(Langres, 1953) 47.
VAUTHIER, EMILE, S. S. *Pie XII et l'Apostolat des laïques. Textes rassemblés*.—(Langres, 1953) 55.